

# EL SER HUMANO COMO OBRA DE ARTE

AQUILES NAZOA

Autoridades de la Universidad del Zulia; señoras y señores; queridos amigos: Estoy literalmente aterrado, en vez de estar jubiloso, por la ocasión verdaderamente insólita en todo el decurso de mi accidentadísima vida, que se me ofrece de hablar de un tema que me es tan caro, tan entrañablemente próximo, como el de Cuba en relación con la más alta de sus encarnaciones femenina: nuestra grande Alicia Alonso.

Nos ha habituado el imperialismo norteamericano a la noción de que, por ser países pequeños y subdesarrollados, por ser países subordinados, no podíamos en ningún caso proporcionarle a la cultura otra cosa que ecos de lo que nos llegaba de la cosmópolis, es decir, de lo que nos venía del extranjero. Se habla de grandes escuelas, de grandes corrientes del arte, y se significan siempre en términos no latinoamericanos; evocamos a Europa cuando se nos habla de Picasso, evocamos a Rusia cuando se nos habla de ballet, evocamos a Alemania cuando se nos habla de música

*La Universidad de Zulia, de Venezuela, rindió homenaje a Alicia Alonso el 26 de abril de 1975 en un acto público celebrado en el Teatro Baralt, de Maracaibo. El texto que a continuación se reproduce es una versión del discurso pronunciado por el poeta venenozolano Aquiles Nazoa, a quien ese centro de estudios confió la exégesis de la artista.*

clásica. Y he aquí que de pronto, en nuestro pequeño mundo, en uno de sus términos geográficamente más reducidos, en la pequeña Cuba, insurge Alicia Alonso al mundo del ballet no como imitadora, no como una secuaz, sino como la precursora de una nueva escuela en la expresión del baile. He aquí que las gentes que tradicionalmente nos hablan del arte de la danza, invocaban como ejemplo sumo, como paradigma de este arte, a la figura de Anna Pávlova, o hablaban de Galina Ulánova o de Margot Fonteyn. Hasta que de pronto se les atraviesa en el camino de sus teorías, en el camino de sus esquemas, una figura como Alicia Alonso. Tuvo que ocurrir, además, lo que también se tuvo durante algún tiempo como un accidente histórico, un hecho tan capital de la historia contemporánea como la Revolución Cubana, para que el mundo (comprendido en términos de Londres, París, Nueva York) volviese sus ojos un poco asombrados hacia nuestras tierras, y para que junto con Alicia Alonso descubriese valores de tan alta sig-

nificación para la literatura contemporánea, de tan revolucionario significado como la figura de Alejo Carpentier que es, en cierto modo, un complemento literario de lo que en términos de danza tenemos en nuestra Alicia. Se olvidaron durante mucho tiempo los críticos de arte, especialmente los críticos relacionados con el mundo de la danza, de que en América, y especialmente en nuestra América, fue donde por primera vez se definió en términos lúcidos y altamente poéticos lo que es la danza. Simón Bolívar dice "la danza es la poesía del movimiento". Alicia Alonso, en correspondencia perfectísima con esa definición magistral, es el movimiento hecho poesía, y algo más todavía: Alicia Alonso viene a ser el ser humano considerado como obra de arte. He aquí el milagro que puede cumplir una Revolución cuando quien la realiza es el pueblo, y cuando sus cometidos no son traicionados por aquellos que tomen la iniciativa de hacerla.

Alicia Alonso es parte sustancial de lo que entendemos como la Revolución Cubana, por lo mismo que la Revolución, en el proceso del creciente desarrollo de la artista, cumplió el milagro de integrar su arte al pueblo. Hasta el momento en que surgió Alicia en el mundo de la danza, desde su pequeña Cuba, se tenía a la danza clásica, al ballet, como una suerte de privilegio de las clases acomodadas, de las gentes pudientes. Y ahora la encontramos de tal manera integrada a su pueblo que no vemos modo de diferenciar, en la Cuba Revolucionaria, quién es Alicia y quién es su pueblo. He aquí a una figura en quien ha venido a consumarse un hecho que estaba latente en el hacer, en el ser, en el vivir de Cuba. No es ciertamente una casualidad el que sea Cuba quien nos entrega tan eminente figura de la danza. Para decirlo en los términos profesionales del danzarín, Alicia Alonso no ha hecho otra cosa que seguir el ritmo de su pueblo. Si hay algún arte en el que Cuba se señaló siempre, si hay alguna expresión artística que define a Cuba como entidad nacional, como comunidad histórica y étnica, es el impulso danzario, el espíritu danzario de su pueblo.

Si hay algo que unifica a los cubanos como manera peculiar de ser, como nacionalidad, es el instinto de la danza. Todo lo que hace el cubano, lo ejecuta como siguiendo una especie de ritmo que le marca su alma ancestral, su espíritu nacional, incluso su paisaje, las significaciones capitales de su naturaleza.

Todo el paisaje de Cuba, especialmente el de sus valles del centro, está preparado por la naturaleza como una escenografía; y el movimiento de su árbol nacional, de su palma, de la palma cubana, parece pautar el ritmo con que el cubano anda por el mundo, se desplaza por la tierra, conversa, acomoda su gesto a la expresión. He vivido largos años en Cuba en diferentes épocas, y si algún elemento de identidad encontré entre unos cubanos y otros, entre unas y otras regiones de Cuba, fue el don de la danza. Don espontáneo que deviene de aquella fusión de diversas corrientes étnicas, especialmente la de comunidades que un día fueron esclavas y que desahogan tanto su caudal de pasión como su inmensa carga de dolor en ese andar, en ese hablar, todo ello configurado ya como en términos de coreografía. He vivido en Santiago de Cuba, he asistido a las inmensas congas deambulatorias que una vez al año se organizan en aquel pueblo y los congrega a todos para, al son de los tambores del ancestro, ir bailando hasta el agotamiento, al ritmo de aquellos inmensos tambores que cada cierto trecho del recorrido se detienen para incendiarse en el ron de las fiestas, en el fuego del trópico, para templarse y desde allí seguir la marcha.

Cuba cuenta como ningún país hispanoamericano con una tradición danzaria que ha conmovido a todo un continente. Es la tierra de la habanera, del bolero, de rumba, de todos aquellos elementos sonoros que mueven el cuerpo del hombre y lo conducen apasionadamente en una dirección de belleza. Cuba país de laudistas, Cuba país de tamboreros, Cuba país que hasta se inventó un traje convencional que se impuso en toda la América para bailar la rumba, aquel de gran

cola, aquel en que la danzante sugiere una suntuosa ave del paraíso, aquel que ha recogido ahora el ballet de Alicia Alonso en uno de sus vistosos espectáculos, en una de las páginas más hermosas de su actividad. En Cuba, los chinos, que tuvieron tan significativa participación en las guerras de la independencia de la Patria, también aportaron una parte de sus tradiciones musicales y en aquellos concursos de congas que solían celebrarse una vez al año, para ver cual era la mejor, se dio el caso de fusiones peregrinas, extrañas y absolutamente originales, entre la música de los chinos, la música de los negros y la música que viene de España.

Si vamos a señalar lo que se llama carácter nacional cubano, tendremos forzosamente que acudir a la idea de danza. He visto hace muchos años en el Paseo del Prado, el despiazarse de una pareja de enamorados, que iba espontáneamente como sugiriendo un ballet, un pas de deux, un paso de pareja. Iba él tocado con una pajilla de cinta listada de colores, blanquísima la camisa mosquetera, el pantalón crema, los zapatos amarillos y blancos, colgando del meñique un abanico de palma para los días tórridos del verano habanero; y a su izquierda, llevándola casi debajo del brazo como una cartera de amor, la mujer amada; y sólo en el paso que llevaban los dos en aquel andar rítmico, cadencioso, que evocaba de verdad el movimiento de la hamaca, como si fueran los dos mecidos por el arcoiris, estaba ya dado lo que es uno de los signos capitales de lo que se llama hoy escuela cubana de ballet. Especialmente, el pas de deux como lo interpreta Alicia Alonso —del que no sé si algún crítico ha dicho, o si no hago mío el criterio— se caracteriza porque la mujer no está bailando ni para ella ni para el público, sino para su "partenaire", para el hombre que la acompaña, y entre los dos el movimiento se convierte en un auténtico coloquio de amor; y eso es lo que nos emociona en el arte de Alicia Alonso. De pronto se hace entre ellos una atmósfera de intimidad, de diálogo, en que se encuentran solos hablando a través

del lenguaje más antiguo que conoce el hombre, que es el lenguaje del movimiento. Allí están ellos, todo emoción; allí están ellos, todo unidos en su atmósfera emocional; allí están comunicándose secretos y el público está, más bien que mirándolos o admirándolos o pagando su entrada por ver un espectáculo, aprendiendo lo que es el arte de amar, a través del cuerpo considerado una de las bellas artes.

¿Qué llevó a Alicia Alonso a ese clímax, en un arte que por lo general se ha limitado al uso consciente del cuerpo, de los músculos, de las facultades del movimiento? ¿Por qué Alicia Alonso, cuando la contemplamos en cualquiera de sus grandes realizaciones, puede ser capaz de remitirnos a un mundo de emoción, desplazarnos de la idea de que el bailarín está haciendo un esfuerzo en el escenario? ¡Ah!... porque también en Cuba, aunque muchos críticos no lo sepan a estas alturas, existe lo que se llama una tradición. Ahora no vamos a lo que antes dijimos de los hábitos danzarios del pueblo, espontáneos en él y propios de su idiosincrasia. No; ahora estamos en el mundo de la cultura danzaria. En Cuba los antecedentes del ballet datan de bastante más de un siglo. Fue uno de los primeros países de América visitados por Fanny Elssler, que fue la primera bailarina europea de gran importancia en presentarse ante públicos americanos. Y en Cuba, por otra parte, influyó enormemente Francia a través de Haití. No vamos a detallar las minucias de ese proceso de influencia francesa a través de Haití, en la historia de la danza cubana, porque eso está tácitamente explicado en libro tan extraordinario como *El reino de este mundo* de Alejo Carpentier.

Críticos como Haskell han ido lejos en el estudio del ballet cubano. Han descubierto que lo que pone a vivir ese ballet es el caudal de emoción, el caudal de pasión específicamente americano y específicamente cubano, que desahoga en él Alicia Alonso. Se ha discutido desde los tiempos de la Revolución Francesa, y se ha acentuado esa discusión a partir de la Revolución Soviética, si hay o no una contra-

dición entre cierto carácter aristocrático que suele verse en el ballet clásico, con el carácter popular que define a una revolución social. Alicia, con gran tino y con acierto extraordinario, le respondió al periodista que un poco provocadoramente le hizo la pregunta acerca de esa presunta contradicción:

“¿Pero es que el pueblo no tiene derecho a las cosas elegantes?” Antes de que apareciera en el horizonte histórico de América ese hecho extraordinario que es la Revolución Cubana, Alicia y sus compañeros habían venido luchando, y luchando victoriosamente, contra todas las vicisitudes que se le opusieron, por imponer en Cuba el gusto por el ballet, por expandir su significación como Arte. En el momento en que Alicia es ya mundialmente famosa, se produce uno de los episodios más vergonzosos de la historia de la cultura hispanoamericana: la suspensión de un miserable estipendio que pasaba el estado para sostener su ballet. Con una postura digna de su condición de cubana y digna de su arte, rechazó Alicia de una manera significativamente valerosa en aquel momento, el remplazo de la subvención por una especie de limosna que el estado pretendía girarle mensualmente a cambio de que enajenara, de que alineara su independencia como artista. Al llegar la Revolución al poder, es cuando Alicia encuentra su auténtico campo de acción. Allí empieza a descubrir elementos absolutamente nuevos, absolutamente inéditos, que no habían sido rozados jamás antes por ninguna figura del ballet en América. Ve lo que puede haber de comunicación ideológica a través del ballet.

Puede decirse que, en la palabra de José Martí, podemos encontrar como una preparación para comenzar la danza. Martí decía que no hay música más difícil que la de una prosa; es decir, tenía un sentido musical de la expresión escrita, y él mismo nos suministra en cualquiera de sus páginas suficiente material para que levantemos un espléndido ballet popular. Me acuerdo, por ejemplo, de cómo está en Martí, no sólo la coreografía, sino también los personajes, la es-

cenografía y la iluminación para un gran ballet cubano, en aquellos versos sencillos que son tratados con la fineza de un pintor impresionista: “Estoy en el baile extraño/ de polaina y casaquín/ que dan, del año hacia el fin,/ los cazadores del año. /Una duquesa violeta/va con un frac colorado:/marca un vizconde pintado/el tiempo en la pandereta./Y pasan las chupas rojas,/pasan los tules de fuego,/ como delante de un ciego/ pasan volando las hojas.” Ya está dado un ballet para Alicia Alonso, allí en todos sus términos, no solamente coreográficos, sino incluso en sus términos más entrañablemente emotivos, más interiores, porque ese verso final le atañe directamente a la emoción personal de esta mujer, con que esta mujer comparece ante el mundo, ella que se ha visto afectada varias veces en el don de la visión, que estuvo casi ciega, que ha sufrido la larga noche del no vidente y ha asistido al milagro del amanecer. Ella ha desarrollado en términos de tacto sus facultades de modelar el mundo según los movimientos de su cuerpo y tal vez ahí resida lo capital de su secreto como gran artista.

Alguien dijo, no sé qué crítico, que cuando Alicia Alonso se mueve va como tocando la melodía. Y yo lo creo porque ella, entre tantas experiencias como ha tenido en su vida de bailarina sufrió y al mismo tiempo gozó la experiencia de descubrir al mundo de pronto, al despertar de una de esas largas penumbras. Ella es toda poesía, es toda vitalidad, es toda alegría, pero es toda como un íntimo dolor. Al despertar de una de sus operaciones recientes, inquirida por un periodista acerca de la emoción que sentía en ese instante en que volvió a despertar al mundo, en que el mundo volvió a revelársele a sus ojos, dijo que valía la pena esa experiencia para comprender lo maravillosamente humano, hermoso, que es contemplar el vuelo de una paloma, o el color de una hoja de lechuga en un plato de ensalada. Quien así se expresa, se comprende que tenga “toucher”, como dicen los pianistas; que tenga ese don de ir hacia donde está lo bello de las cosas. Y asistida por la Revolución



Cubana, que no en otro medio puede darse otra realidad como la que ella encarna, es ahora cuando esta mujer ha levantado el vuelo y en la primera estación de su itinerario se ha encontrado con su pueblo configurado en la palabra de José Martí. No hay entre todas las cosas que me hayan sido dadas ver en este mundo, momento tan emocionante como el que nos presenta Alicia Alonso cuando recoge la palabra de Martí y siguiendo la voz del leyente que no es ya el cantante, ni el músico, va convirtiendo en materia de danza las páginas luminosas de *Nuestra América*.

He aquí a nuestra Alicia, clásica, actual, contemporánea, presente, futura; he aquí a nuestra Alicia que viene de vuelta de un viaje mágico por su país de maravillas y viene a dirigirnos la palabra esta noche, precisamente en el teatro Baralt donde hizo su última temporada en Venezuela hace algunos años. Y ¿Saben ustedes cuál fue el comentario de Alicia cuando le recordaron a Venezuela y le sugirieron la posibilidad de que volvería alguna vez al teatro Baralt? Preguntó por Matute. Matute es el más humilde de los trabajadores de este teatro. Esa es la mujer que aquí tenemos esta noche.

del pasado, esas obras que nos dicen de la forma en que vivían, que nos dan una lección de época, quizás con conciencia o inconscientemente por parte de sus creadores. Por ejemplo en *Giselle* vemos la relación entre el noble y la campesina, y dentro de una belleza poética, se nos da una tragedia, una manera de vivir. Son historias que se han dicho en una forma tan bella, que los pueblos las han juzgado como obras maestras del pasado. Lo que nosotros tenemos que hacer ahora, y estamos haciendo es, además de dar las grandes obras maestras del pasado (ya que los pueblos tienen derecho a la cultura), producir hoy obras que reflejen lo que está pasando en el mundo, las alegrías, las tristezas, la lucha que libran algunos pueblos como Viet Nam. Es un deber de los artistas de hoy. Tenemos que crear nuevas coreografías para que en el mañana se diga: qué grandes obras artísticas las de esa época, cómo nos hablan de su forma de vida y de los sentimientos del pueblo. Al crear nosotros la escuela cubana de ballet, lo que hacíamos era algo muy pequeñito, porque sabíamos, sabemos, y es la historia la que nos va a dar la razón a todos nosotros, que en el futuro será la escuela latinoamericana de ballet. Ese es nuestro objetivo común.

### Palabras de Alicia Alonso agradeciendo el homenaje

Qué difícil es hablar en estos momentos. Mientras escuchaba tantas cosas bellas, tan bien expresadas, con tanta poesía, me decía: ¿pero está hablando de mí? Y me di cuenta de que no: estaba hablando de nuestra América Latina. Fue entonces una gran emoción, una gran alegría. El sueño de nuestra vida era desarrollar una escuela cubana de ballet, y lo hicimos gracias al triunfo de la Revolución Cubana, que nos dio toda la ayuda posible. Ya no era la necesidad del mantenimiento económico, la preocupación por el dinero. Lo que contó a partir de entonces fue que en Cuba no se podía desperdiciar ningún talento. Para ser artista del ballet, ya no había que buscar un nombre

artístico de origen extranjero. Pudimos llamarnos Fernández, Martínez o González y ser artista, y lo que es más, ser artistas del pueblo. Nuestra mayor preocupación durante estos dieciséis años de Revolución, ha sido cumplir con nuestro pueblo, enseñarle lo poco que sabemos y recibir de él lo mucho que nos puede dar. Pudimos tener los niños de talento a la edad adecuada para entrenarlos en nuestro arte. En Cuba al artista se le admira, se le respeta y se le quiere. Se reconocen sus años de estudio, su preparación. Se está consciente de su responsabilidad ante la sociedad. Sobre el arte que se hace hoy en nuestra patria puedo decir que damos al pueblo las grandes obras

Hace casi diecisiete años, me dicen, bailé en este escenario. No sé... en aquellos momentos los aplausos fueron bellos, pero ahora son grandiosos. Y quiero darles las gracias a todos ustedes por este bello homenaje, tan innerecido y tan grande. De todo corazón, se los agradezco mucho en nombre del Ballet Nacional de Cuba y en nombre de nuestro pueblo cubano revolucionario, en nombre de nuestra patria, de Cuba. Y quiero decirles que cada vez comprobamos que el mundo es grande, pero pequeño; que el tiempo transcurre despacio, pero también rápido. Así, en estos momentos el Ballet Nacional de Cuba actúa en Venezuela. El Consejo Nacional de Cultura de Cuba ha invitado al grupo de jóvenes estudiantes aficionados a la danza, de la Universidad del Zulia, a que nos visite. Nuestros brazos están ya dados. Gracias, hermanos de Venezuela.



A su llegada al aeropuerto de Maracaibo, Alicia Alonso es agasajada por el pueblo venezolano; estudiantes y profesores de la Universidad del Zulia y trabajadores en general. En una tela dispuesta para el recibimiento se lee:

Alicia, el arte unido a la Revolución. Partido Comunista de Venezuela.



Recibimiento en la inauguración de la Exposición de fotos y affiches del Ballet Nacional de Cuba, organizada por el Consejo Municipal de Maracaibo. Con Alicia Alonso, Marisol Ferrari, directora del Grupo de Danza Experimental Universitaria y Sergio Antillano, director de cultura de la Universidad del Zulia.





Como parte de los homenajes a Alicia Alonso, fue obsequiada con una edición de serigrafías del artista venezolano Francisco Bellorín. En la foto, de izquierda a derecha: el Vicerector Académico de la Universidad del Zulia, Dr. Francisco Burgos Final; el Dr. Sergio Antillano, director de cultura, Margot Contreras, directora del Ballet Nacional de Venezuela y el poeta Aquiles Nazoa.



Público asistente al Teatro Baralt, de Maracaibo, para presenciar el homenaje ofrecido a Alicia Alonso por la Universidad del Zulia.



Alicia Alonso muestra al público la placa de honor que le fuera otorgada por la Universidad del Zulia. Junto a ella Isabel Rodríguez, subdirectora del Ballet Nacional de Cuba,